

El sitio de la plaza de Rancagua, en una pintura de Giulio Nanetti

1 y 2 de octubre de 1814

Hace 212 años: el Desastre de Rancagua

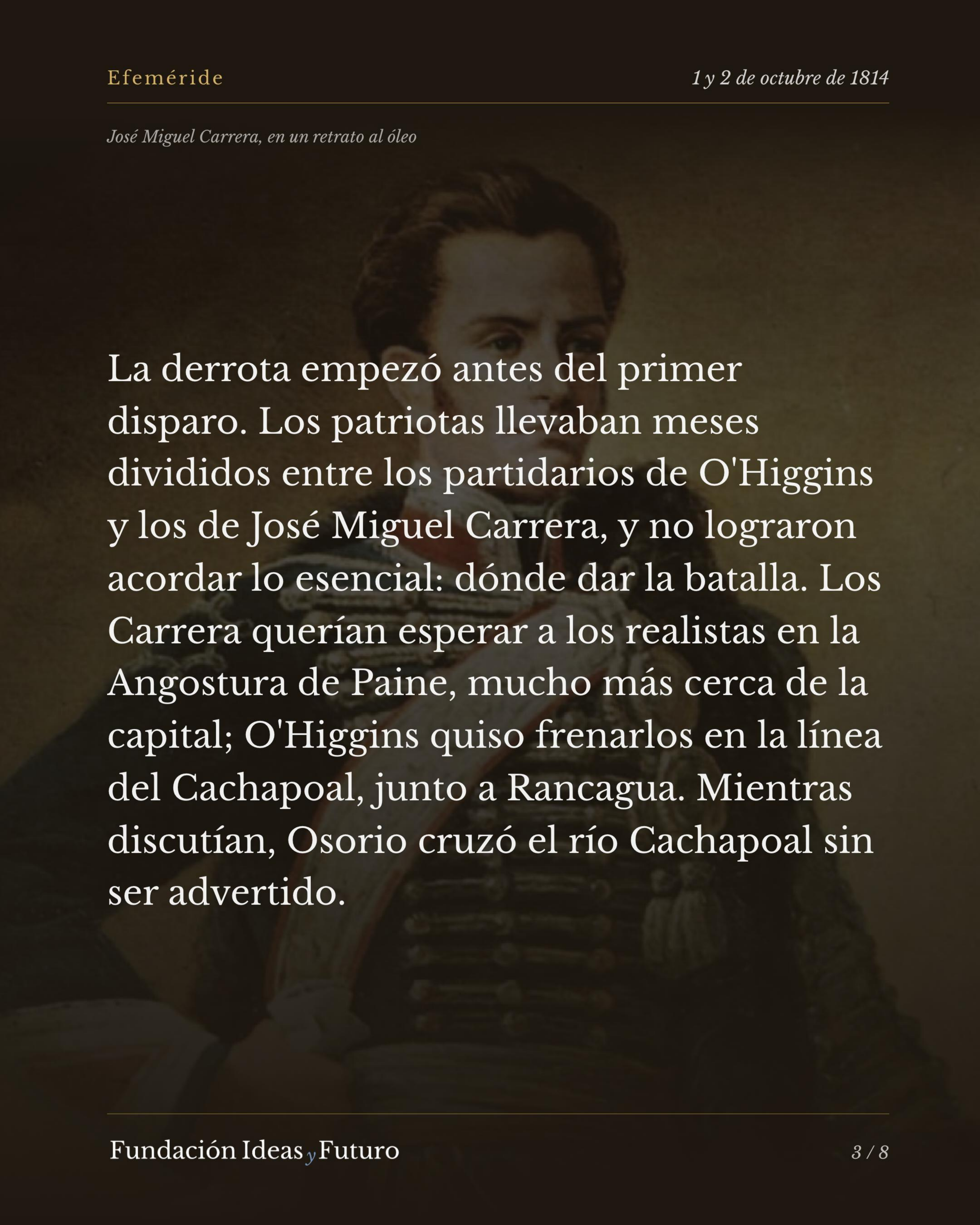
Treinta y tres horas de sitio en una plaza de armas, el fin de la Patria Vieja y una derrota que el Estado convirtió en heroísmo tres años después.

Maqueta de la plaza de Rancagua durante el sitio

Hace doscientos doce años, el 1 y el 2 de octubre de 1814, se libró en la plaza de armas de Rancagua el último enfrentamiento de la Patria Vieja. Mariano Osorio, enviado desde el Virreinato del Perú al frente de un ejército de unos cinco mil hombres, avanzaba hacia Santiago. Bernardo O'Higgins se atrincheró en la plaza para detenerlo.

Cuántos lo acompañaban es materia de discusión entre los historiadores: las cifras van de algo más de mil cien a cerca de mil novecientos según se cuente solo su división o se incluya la de Juan José Carrera. Barros Arana recoge la impresión del propio O'Higgins, que calculó al enemigo cuatro veces más numeroso.

José Miguel Carrera, en un retrato al óleo



La derrota empezó antes del primer disparo. Los patriotas llevaban meses divididos entre los partidarios de O'Higgins y los de José Miguel Carrera, y no lograron acordar lo esencial: dónde dar la batalla. Los Carrera querían esperar a los realistas en la Angostura de Paine, mucho más cerca de la capital; O'Higgins quiso frenarlos en la línea del Cachapoal, junto a Rancagua. Mientras discutían, Osorio cruzó el río Cachapoal sin ser advertido.

Maqueta de las tropas en la plaza de Rancagua

El ataque comenzó en la mañana del 1 de octubre. Osorio bombardeó las trincheras y asaltó los cuatro costados de la plaza; la resistencia patriota aguantó un asalto tras otro. Los sitiadores taparon el canal que abastecía de agua a los defensores. La ciudad empezó a arder.

O'Higgins pidió refuerzos con mensajeros desesperados. José Miguel Carrera respondió que las municiones no podían llegar sino en la punta de las bayonetas, y prometió que su división atacaría al amanecer. La Tercera División, al mando de Luis Carrera, alcanzó a avistarse desde la plaza sitiada, pero tras breves escaramuzas se retiró sin romper el cerco. Esa ayuda que se vio y no llegó es el centro de la polémica histórica sobre Rancagua.

Bernardo O'Higgins, en un retrato de José Gil de Castro

Antes de encerrarse en Rancagua, según el testimonio de un contemporáneo, O'Higgins repitió a sus hombres la frase que había acuñado el año anterior en la batalla de El Roble.

«O vivir con honor o morir con gloria.» —
Bernardo O'Higgins, 1814.

Monumento al Ejército de los Andes en el cerro de la Gloria, Mendoza

Tras treinta y tres horas de sitio, con la plaza insostenible, los sobrevivientes montaron a caballo y rompieron el cerco hacia el norte. Salieron unos pocos cientos, muchos de ellos heridos. Rancagua quedó saqueada e incendiada. Los realistas entraron en Santiago días después: se restableció la Real Audiencia, se clausuraron el Instituto Nacional y la Biblioteca Nacional, se confiscaron bienes y decenas de patriotas fueron desterrados al presidio de la isla Juan Fernández. Muchos cruzaron la cordillera hacia Mendoza, donde José de San Martín formaba el Ejército de los Andes, y se sumaron a él.

Placa a los caídos en la batalla de Rancagua «cuyos nombres no conservó la historia»

Queda la paradoja que la fecha arrastra hasta hoy: Chile la llama desastre y la recuerda como gesta. Esa lectura no la inventó la historiografía posterior. El 4 de noviembre de 1817, apenas restaurada la independencia, el Supremo Gobierno celebró exequias oficiales a la memoria de los mártires de la libertad caídos en Rancagua, con brazaletes de luto y homenajes a los sobrevivientes. El Estado fijó el relato heroico tres años después de la derrota, y el siglo XIX lo amplificó comparando la plaza con las Termópilas.



La Patria Vieja terminó ahí. Tres años después, los mismos hombres que salieron de Rancagua volvieron desde Mendoza cruzando los Andes, y el 12 de febrero de 1817 ganaron en Chacabuco.